



**Universidad Católica Andrés Bello**  
**Centro de Investigación de la Comunicación**  
**Red Venezolana de Comunicación y Cultura**  
**Sala Virtual de Investigación Prensa de la Independencia**

**Autor:** Sin firma

**Título:** Discurso redirigido por un miembro de la Sociedad Patriótica, y leído en el Supremo Congreso el día 4 de julio de 1811

**Publicación:** Patriota de Venezuela

**Fecha:** 29/05/1811

El Patriota de Venezuela N° 2

Cuando echamos una ojeada sobre la historia política de Venezuela hasta el 19 de Abril del año pasado, se nos representa luego el teatro más horrible en que el despotismo con todos sus atributos ejerció su imperio de ferocidad por más de 300 años: veremos la humanidad degradada hasta aquel punto de impotencia moral que entorpece todas las facultades; veremos el monopolio y el egoísmo jugar los primeros papeles en esta escena de crímenes y de horrores; veremos los derechos del hombre vulnerados, pisados y reputados por delincuencia de alta traición; veremos al Gobierno español empeñado por sistema en obstruir todos los canales de la ilustración pública, y condenar a los americanos a un estado de barbarie que sólo él podría contener su sacudimiento; veremos a la augusta Religión que profesamos, y que fue establecida sobre las bases sólidas de la unión, de la concordia, de la paz y de la justicia, profanada por el barbarismo español y valerse de su excelso nombre para proscribir a todo hombre que quería instruirse y darse a conocer; veremos en fin la agricultura, el comercio, la industria y las artes ser la presa de estos malvados; y sacar de estas fuentes de la felicidad común todas las utilidades e intereses que les proporcionaba la impunidad de sus delitos y las tramas sagaces con que satisfacían su insaciable codicia.

Este espantoso aunque imperfecto bosquejo nos prueba hasta la evidencia que la Metrópoli jamás debía ni permitiría la ilustración pública en sus Colonia, y de este principio de la más bárbara política ha dimanado la continuación de nuestras cadenas y la apatía con que los americanos besaban la mano del mismo que se les imponía. Pero el curso natural de las cosas, o más bien el estudio de disolución y vileza a que se veía reducida la misa Metrópoli, cuyos habitantes gemían bajo el yugo del Visir Godoy, abrió las puertas a nuevas escenas, produjo la revolución de Aranjuez, la invasión de los franceses y todos los sucesos que son bien notorios se agolparon en aquellos primeros momentos.

Entonces la situación crítica de España despertó por la primera vez a los americanos; pero éstos fueron ya más cautos, aunque veían al lobo que les devoraba inerte y abatido. Levantaron también el grito revolucionario, y uniendo sus votos al parecer con los de sus crueles hermanos de Europa, proclaman a Fernando, detestaban a Napoleón y con solo este paso, cuya ilusión debía necesariamente pasar, se les permite opinar con un poco de libertad; y atraídos por las noticias de su madre Patria, ellos se juntaban en complot de que el mismo Gobierno se complacía.

De este modo empezó a formarse en Caracas la opinión pública: los amantes de la libertad eran otros tantos prosélitos que no dejaban de sembrar la simiente que algún día debía fructificar. El pueblo oía con gusto las desgracias de los españoles, porque conocía ya que en ellas estaba su libertad; prestaba atención a las razones de la filosofía, y conocía cuánto ignoraba, y a qué estado degradante se veía reducido. En estas circunstancias el pueblo de Caracas, oprimido más que nunca por las manos de los antiguos funcionarios, llegó a comprender la necesidad de ilustrarse, y este convencimiento fue el que preparó la simultánea, la gloriosa explosión del 19 de Abril.

Este movimiento, que siempre verá con admiración y ternura nuestra posteridad, no fue, como se quiere persuadir por los enemigos de la causa común, un movimiento tumultuario, débil y desordenado; fue, sí, el inevitable resultado de tres siglos de tiranía, la consecuencia del orden de los sucesos políticos, la realización de las ideas que por más de dos años se habían difundido en el corazón de los venezolanos, y el funesto, el terrible espectáculo que anonadó a los mandatarios del otro hemisferio. El pueblo de Caracas proclamó el 19 de Abril que era libre; el grito de la santa Libertad penetró hasta los corazones del hombre más estólido; la tierna madre lloraba de júbilo y decía a sus hijos: vosotros recogeréis el fruto del valor heroico de vuestros padres; todos los ciudadanos, todos a porfía unían a su intrépida heroicidad las lágrimas de placer más puro; y en fin, rindieron a la vista de los nuevos Representantes, entonces triunfó Caracas de sus opresores, y la tranquilidad, la paz y la unión fueron sus elementos.

Si en este interesante momento se nos hubiera opuesto alguna fuerza, sea la que fuese, ¿cuál hubiera sido el resultado? Nuestra victoria o nuestra destrucción. No había arbitrio: un pueblo en masa que por la primera vez reclama, publica y ejerce sus derechos es invencible; sus recursos son extraordinarios; su esfuerzo gigantesco, y su enérgico entusiasmo arrollaría cuanto pudiese estorbar sus intentos. Estas memorables circunstancias han producido en todos tiempos rasgos heroicos de virtudes cívicas; los Scévolas, los Brutos, los Decios, los Cursios son testimonios nada equívocos del estado sublime a que nos eleva este fuego sagrado de la Libertad; el hombre no pone en acción toda la actitud de que es capaz sino cuando necesita valerse de ella en sus grandes necesidades.

Caracas, pues, triunfante al primer paso que dio hacia su emancipación atrajo como por vía de encanto el resto de todos los demás pueblos de Venezuela, cuyos moradores manifestaron del modo más claro y expresivo su cordial adhesión al nuevo sistema; la llama de la libertad y el ardor patriótico como un fuego eléctrico prendió luego hasta la gran Cordillera de los Andes; y desde el Guaire hasta Bogotá no se oyó más que una voz, un sentimiento, un deseo uniforme de sostener el nuevo sistema de justicia y equidad. Los americanos entonces desplegaron su natural ingenio; la franqueza, la ingenuidad y la munificencia caracterizó sus primeros pasos; y rompiendo por lo pronto los lazos más fuertes del despotismo, y convidando a todo el mundo con sus producciones y su docilidad, arrastraron la admiración de los sabios, y el espanto, el terror pánico de los tiranos.

Abiertas las puertas a la voz de la razón, la libertad de opinar fue entonces, y lo es ahora, el segundo elemento de los venezolanos; todos son filósofos, todos políticos, todos hablando de la libertad como de un bien que no pueden abandonar sino con su sangre; todos, en fin, detestan con horror el antiguo régimen, a sus despóticos funcionarios, a cuantos sospechan sean sus enemigos, y hasta el nombre de Fernando VII se presenta a sus ojos como un talismán, destinado a variar de formas mientras, consolidado su sistema, rompía los vínculos políticos que le unían a él. Tomando una parte inmediata en su Gobierno, ellos son su más firme columna, sus Consejeros, sus Ministros y sus Soldados.

De todo lo expuesto hasta ahora, se deduce fácil y naturalmente que las ideas del nuevo Gobierno, y las de todo el pueblo, eran el 19 de Abril de 1810, y lo son ahora sostener la inviolabilidad de sus derechos a costa de su propia sangre y existencia. ¿Cómo, pues, podrá conciliarse esta inviolable seguridad en uno de estos dos estados, el de reconocimiento a Fernando de Borbón, o el nuestro que

tenemos actualmente? ¿Cómo formar una constitución liberal, justa y republicana bajo de un sistema representativo, si al mismo tiempo dependemos moralmente de un Poder legítimo que se constituya en España? ¿Cómo confundir los intereses de unos pueblos que quieren ser libres con los de los déspotas españoles? Tales principios son extraordinarios, monstruosos, y opuestos diametralmente al voto general de toda la Provincia.

Desengañémonos, nuestro actual estado de libertad civil es diametralmente opuesto a todo otro sistema; los sagrados derechos de los pueblos depositados en sus Representantes, son inconexos con los de Fernando, y con los de cualquier extranjero que aspire a dominarlos bajo de cualquier aspecto que sea. Ninguna dominación extraña nos puede hacer felices. Su interés será siempre, no la prosperidad de los pueblos, sino la satisfacción de los suyos particulares. Por sabia que fuera su legislación, debería siempre conspirar a no permitirles nada que pudiese contribuir a su emancipación. Venezuela sería siempre una Colonia y la factoría de sus metropolitanos; éstos satisfacerían primero su codicia que el derecho augusto de gobernar bien a sus colonos, y por último nos veríamos algún día a viva fuerza con nuestros crueles opresores.

Luego, si es evidente que Venezuela, ni jamás sería feliz bajo de un imperio extraño, ni fácil contenerla en tal estado de degradación servil, será preciso confesar que no le queda otro recurso más firme, denodado y decisivo, que le de declarar ante el Universo entero su absoluta Independencia. Ochocientos mil habitantes que la desean, o que la abrazarían con gusto y entusiasmo, es la sanción más sagrada y solemne con que puede celebrarse este acto augusto y memorable. Entonces obraría conforme a sus intereses, a sus ideas, a su dignidad y al orden consiguiente e indispensable necesidad que le impone la naturaleza y el estado actual de los acontecimientos políticos de la Europa. La Independencia de nuestro país nos traería bienes incalculables, bienes positivos, bienes que en un estado de subyugación sería imposible gozar y que en el neutro o medio que tenemos son muy difíciles, muy expuesto y nos envilecerían.

Siendo, como se ha visto, justa, razonable y necesaria esta declaración, no puede presentarse para estorbarla ningún obstáculo que prepondere a las razones dichas. Los pueblos llegan a cierta crisis política, en que el denuedo y el valor pueden únicamente salvarlos. El americano, dotado por la naturaleza de cualidades físicas y morales que el hacen capaz de todo, está destinado a componer en el Universo el papel más brillante y sublime de que la historia de la especie humana jamás nos dará un ejemplo. Las tres partes del Globo han visto y gozado las épocas de su preponderancia y decadencia política, y las revoluciones progresivas han mudado su faz, sus costumbres, y aun sus idiomas. ¿Y será creíble que la América, esta gran porción del mismo Globo, no esté destinada a ver en nuestros días la refulgente aurora de su libertad? La América, este país privilegiado de la naturaleza con cuantos dones puede ella enriquecer, ¿no tendrá todo el esfuerzo y los recursos para sostener su rango nacional?.

Sin embargo de todo, una nimia prudencia, vanos temores y una prolijidad quizá perniciosa, inventan obstáculos al parecer insuperables. La falta de dinero, armas y de recursos son los primeros escollos que presentan; pero yo quisiera preguntar: ¿si este dinero, estas armas y estos recursos nos vendrán a las manos en nuestro presente estado de ambigüedad? ¿Cuáles son las que hemos recibido, a pesar de cuantos pasos se han dado para ello? ¿Acaso el mantenernos en una neutralidad vergonzosa nos produciría ventajas que perderíamos siendo independientes? Si nuestro Erario está exhausto, nuestro comercio entorpecido y nuestra agricultura abatida, ¿no será consecuente que declarándose la Independencia de Venezuela, concediendo privilegios a nuestros hermanos del Norte y abriendo nuestros Puertos a todos los hombres industrioses, a todos los sabios y a cuantos quieran venir a gozar el benéfico influjo de nuestro suelo, se engrosen las rentas públicas, florezca el comercio, se aumente la agricultura y las artes, la industria y todos los ramos de la riqueza nacional tomen un incremento que no es fácil calcular?.

El Norte de América, oprimido y vejado por al Inglaterra mayormente por los derechos impuestos por un acto del Parlamento de 1767 sobre los cristales, plomo, cartones, colores, papel sellado y té, hizo un sacudimiento casi igual al de Venezuela el 19 de Abril; la chispa del patriotismo y el deseo de la libertad prendió en todos los corazones, y aunque a los principios de su revolución se mantuvieron en un estado de ambigüedad, la Metrópoli le atacó con fuerzas extraordinarias, y a su impulso apreciaban a ser los americanos confundidos y arrollados. Una guerra tenaz de siete años agotó todos los recursos; su deuda nacional alcanzaba a una cantidad enorme de 188.670.525 libras; el comercio, la agricultura y al industria, todo estaba en un abatimiento lamentable; en fin, parecía imposible que los americanos pudieran salvarse en esta lucha cruel y desigual.

Pero la constancia, la energía, el patriotismo, el amor a la libertad y el desprendimiento público vencieron todos los obstáculos; el fuego de la Independencia destruyó las empresas de los déspotas, y la heroica fortaleza de los americanos desbarató sus proyectos sanguinarios. Los generales ingleses Clinto, Parken, Gage y Llowe fueron rechazados y derrotados completamente; y el inmortal Washington triunfó de las tropas europeas. Seis mil ingleses veteranos y aguerridos fueron obligados a rendir sus armas en Saratoga a una porción de labradores sin disciplina ni experiencia militar mandados por el dichoso Gates. Finalmente, después de una cruel alternativa, las armas de la libertad obtuvieron un triunfo completo y la Gran Bretaña se vio precisada a reconocer a sus propios colonos por un Estado independiente, en virtud de los tratados de la paz de París en 1783.

La poca o ninguna ilustración de los pueblos de Venezuela sobre el conocimiento de una materia tan importante, no es un obstáculo, como se supone, para la declaración de su Independencia. Este reparo se desvanece con recordar que todos los habitantes de esta capital la desean, no con aquel anhelo estéril de que ningún fruto debe sacarse, sino con aquel noble entusiasmo, con aquel vigor patriótico que sólo inspiran los conocimientos, la ilustración y el deseo de la libertad.

Si convenimos, pues, que la capital opina de este modo, ¿se podrá negar que ella es precisamente la que forma la opinión pública, y a cuya imperiosa voz sucumbe gustosa la masa general del pueblo? Si para destronar los antiguos funcionarios, trastornar enteramente el orden del Gobierno, desconocer el influjo falaz y capciosos de la España, depositar en nuestras propias manos las riendas de la administración general de Venezuela y oponer al despotismo todo el ardor que dicta el bien y seguridad de la Patria bastaron solamente unos pocos ciudadanos que con un golpe de mano arrancaron al tirano el cetro de las manos, y a cuyo inesperado suceso corrían después gustosos todos los habitantes de Venezuela, ¿con cuánta más razón, ciudadanos, estos mismos habitantes que han empezado ya a probar el dulce néctar de la libertad, que han sentido ya los bienes que ésta derrama a la sociedad, con cuánta más razón, repito, no volarán ansiosos a unir sus votos, sus esfuerzos, sus recursos para elevar a al patria al rango de una nación libre e independiente?

¿Qué clase de Estado, qué corporación, qué individuo de los pueblos de nuestra Confederación, al hacer naturalmente una exacta comparación entre la suerte que sufrían en el antiguo sistema y la que ahora disfrutaban en el nuevo orden de cosas, no conocerá la diferencia que existe entre una y otra situación? No es éste un problema, ciudadanos, no, es una verdad, es un hecho que estamos palpando...Yo no lo digo. Que hablen por mí esos fieles y pacíficos indios que fueron relevados de la contribución tiránica de los tributos, por uno de los primeros actos del nuevo Gobierno; que hablen todos los pueblos que gozan en el día de la prerrogativa de nombrar ellos mismos sus jueces. Que hablen todos los ciudadanos que han concurrido con sus sufragios a la formación del augusto Congreso Nacional que obtiene la representación de Venezuela. Que hablen en fin... ¿Pero para qué me canso en demostrar ejemplares que todos saben?

No pudiendo, pues, negarse las mejoras y ventajas que nos han traído la transformación meramente gubernativa del memorable 19 de Abril, ¿habrá por ventura un hombre tan estólido que al

presentársele a este mismo país, libre e independiente de toda dominación extranjera, sea la que fuese, no se decida inmediatamente a sostener, aun con su misma sangre, un bien tan apreciable y seductor? Yo creo, pues, que la falta de ilustración de los pueblos, ni es un óbice para esta declaratoria, ni que existe tal obstáculo.

Pero concedamos por un momento a los que sostienen este reparo, que lo hay en efecto. Yo quiero preguntarles: ¿Cuál es la época en que se halle con la ilustración suficiente para recibir con agrado esta declaratoria? ¿Cuánto tiempo será bastante para lograrla? ¿De qué medios se han de echar mano al intento? ¿Con qué signos se debe descubrir esta ilustración? En fin, yo quiero que me digan, si mientras llega esta época tan deseada, ¿quién garantizará nuestra seguridad interna y externa? ¿Qué haremos? ¿De qué medios nos valemos para sostener un estado neutro, repugnante al carácter de un pueblo que quiere ser libre, y que ha empezado a serlo? ¿Si Fernando, si este talismán nos salvará en la borrasca? Yo estoy muy persuadido, ciudadanos, que estas preguntas no tienen solución. Sí, jamás nuestro riesgo es más inminente que cuando, segregados de la vieja y envilecida España, cuando hemos hecho ver al mundo entero que Venezuela detesta los déspotas, y cuando hemos dado tantos testimonios de que queremos ser y somos tácitamente libres, que nos declaremos como tales ante el Universo entero, que tiene fijos los ojos sobre nuestras ulteriores deliberaciones.

Parece, pues, incontestable que la falta de ilustración pública no es un obstáculo, como se cree; y bajo de este concepto, ningún riesgo interno que nos presenta que estorbe nuestra absoluta independencia. Queda, no obstante, en pie el inconveniente al parecer justo y fundado de las hostilidades que nos haría la Inglaterra, en virtud de nuestra declaración; y yo creo que éste es un riesgo tan remoto, como que la situación política de la Europa nos hace creer que, envueltas todas las naciones de aquel Continente en una guerra prolija y de difícil desenlace, con respecto a la Inglaterra, no podrá ésta distraer sus fuerzas cuando, reducida la España al yugo del conquistador, vuelva éste toda su furia y su rencor contra el único pueblo que se opone a sus progresos y a sus vastos proyectos.

Jamás los ingleses han podido lograr un palmo de tierra en ninguna de las posesiones hispanoamericanas. La América del Norte les arrojó de su suelo con ignominia y derrota completa de sus ejércitos, y las armas de la libertad triunfaron de déspotas que le subyugaban. En el siglo pasado fueron también derrotados por el esfuerzo de los isleños y americanos. Puerto Cabello y la Guaira fueron atacados por diecisiete navíos por el Almirante Carlos Knowlles, en el año de 1743, y se les rechazó con pérdida de muchos hombres; en Cartagena fueron igualmente batidos en 1740 por el Almirante Wernon y el General Wembort; en Islas Canarias Nelson fue batido y obligado a reembarcarse por el bravo coraje de aquellos insulares; en Puerto Rico los jíbaros solos les hicieron retroceder en precipitada fuga hasta sus bajeles; en fin, en Buenos Aires el Lord Car Bers Fordt se vio obligado a abandonar su presa por una capitulación vergonzosa y despreciable.

Si cuando la Inglaterra, pues, se hallaba en otro ventajoso estado, no pudo hacer ninguna conquista en la América española, ¿cómo podrá hacerla ahora ni aun intentar atacarnos cuando su propia seguridad exige tener reconcentradas sus fuerzas? Si la América del Sur, oprimida y subyugada por el bárbaro despotismo español tuvo valor y coraje para rechazar a los ingleses en la misma época en que nuestros hermanos marchaban al combate con las cadenas y los grillos del anterior tiránico sistema, ¿con cuánta más razón no correrá ahora, si fuese invadida, a derramar con entusiasmo toda su sangre por la salvación de la patria? Si supimos resistir al enemigo siendo esclavos, ¿no sabremos vencerle, derrotarle, destruirle siendo libres e independientes? Y qué, ¿habrá por ventura algún americano tan vil, tan indigno de este nombre, que prefiera la dominación despótica de los europeos a los dulces bienes de la libertad? No los creamos; lejos de nosotros una idea tan degradante, tan baja, tan vilipendiosa.

Pero, ciudadano, prescindiendo de todas las razones que varios de vosotros expusisteis en las sesiones antecedentes a favor de nuestra Independencia, pregunto; en el orden actual de nuestra situación política, ¿qué recursos nos queda? ¿Qué es lo que esperamos? ¿Acaso que la España triunfe de Napoleón? No, esto no es fácil, ni aun posible. ¿Acaso que Fernando VII venga a reinar en Venezuela? Tampoco; nosotros le detestamos. ¿Acaso hacer algún pacto o alianza con la España? Nada de eso. Pues entonces ¿qué nos detiene? Venezuela, desde el 19 de abril obra como libre, pues ¿por qué no se declara independiente y se erige en nación? No hay arbitrio, pues, en mi concepto entre la alternativa de ser esclavos a ser independientes.

Si, todo habla a favor de este acto solemne; todo conspira a ello. Supongamos por un momento (que no es difícil) que subyugada la España, la Inglaterra entre en negociaciones con la Francia, y una paz general es el resultado de ellas, ¿cuál será entonces el riesgo de la América?, tan próximo, tan inminente, como que estas dos naciones uniendo su poder y sus recursos, vendrían a buscar en la América todo el oro que su sed insaciable no encontraba en la abatida Europa. Y en tan críticas circunstancias Venezuela, en un estado neutro, sin sistema, sin independencia, ¿no sería muy en breve, o la presa de los bárbaros europeos, o reducida a escombros y cenizas, no seríamos el oprobio de una posteridad inocente a quienes dejábamos esclava?

Convengamos, pues ciudadanos, que la declaración de nuestra absoluta independencia es de urgente, de absoluta necesidad. Que ella nos traerá los bienes, la abundancia, la paz y la tranquilidad.

Que a su imperiosa voz no habrá americano que no se sacrifique gustoso en defensa de su país; y en fin que sin ella nuestra libertad es efímera, nuestra propiedad no será respetada y nuestra seguridad muy débil y precaria. Seamos independientes; publiquémoslo en el día al mundo entero, elevemos la patria al alto rango que ella exige; y si es preciso para sostenerla muramos todos y, Venezuela, cual otra Sagunto, dará a las generaciones futuras un sublime ejemplo de constancia, de virtud y de heroísmo.

Caracas, 29 de mayo de 1811.